

Laura ruborizada ante sus amantes

708

LA SAETA

— 6 OCT. 1973

HEMEROTECA NACIONAL MADRID



20 Cts.

MISCELÁNEA

KIOSCO LA SAETA NÚM. 3

RAMBLA DEL CENTRO

La señora propietaria del mismo, además de LA SAETA, tiene á su cargo la corresponsalía de los siguientes periódicos de Madrid:

Heraldo, Heraldo Taurino, El Tío Jindama, La Caza Ilustrada, y *Correo de Valencia, Heraldo de La Rioja, Heraldo de Aragón* y *Madriles.*

En este kiosco recibirán los señores compradores un cupón por cada cinco céntimos de gasto, con opción á diferentes regalos de libros.

A la puerta de una iglesia hay dos ciegos implorando la caridad.

—¿Quién es,—pregunta uno,—ese señor que acaba de darte la limosna?

—No sé; le conozco sólo de vista.

⁂

En un círculo piden informes acerca de un individuo que quiere entrar de socio.

—Esperen ustedes,—decía Gedeón, reflexionando.—Creo recordar que fué comisario *regio* en tiempo de la *República*.

⁂

—¿Qué tal se porta su hijo de usted?

—¡Oh! admirablemente. Ahora está en la cárcel; pero el director me da siempre de él los mejores informes.

⁂

Un ciclista, que marcha á toda carrera, da un tropezón y cae debajo de la máquina, que le deja muy mal parado.

—¿Es la primera vez que monta usted en bicicleta?—le pregunta un campesino que acude á socorrerle.

—No, señor; es la última.

⁂

A un avaro que viaja en ferrocarril le pregunta un compañero de vagón:

—¿De dónde viene usted?

—De las Casetas.

—¿Y dónde está esa población?

—Pues está... dos pesetas y cincuenta céntimos más allá de Zaragoza.

⁂

Un maestro procura explicar á sus discípulos el significado de la palabra *transparente*, citando el ejemplo del cristal y el agua, porque á través de ellos se ve la luz.

—Veamos,—añadió, dirigiéndose á uno de los niños,—Cítame tú otro ejemplo, para ver si lo has comprendido.

—¡Un agujero!—contestó el pequeño.

⁂

Charadas

I

Al *as-dos-tres* mi afición
desde niño demostré,
y como á él me dediqué,
he aquí mi ocupación.
Me llaman el Mogollón.
pero es mi inverso *as-tercera*
negociar de tal manera;
y al *segunda-tres* jugando,
Esta vida voy pasando
sin ir á *cuarta-primera*.

II

Mi sobrino el *dos-primera*.
que hace el *doble prima* á Marta,
le regaló una *dos-cuarta*
por hacer el *primavera*.
Siempre obra de tal manera,
y no lo estimo cabal;
pues del corto capital
con que los dos negociamos,
ni él ni yo somos los amos,
porque obramos en *total*.

CAYO MUR

⁂

Jeroglífico comprimido

D cho I

A. M. QUILES

⁂

Logogrifo numérico

						4	Cifra romana.
					2	3	Nota.
				7	3	1	Elemento.
			7	3	5	1	Adjetivo.
		5	4	6	7	1	Nombre de mujer.
	5	4	1	2	6	7	Infinitivo.
1	2	3	4	5	6	7	General de la antigüedad.
	5	1	4	2	6	7	Infinitivo.
		2	1	7	3	6	Nombre de mujer.
			2	1	4	6	Adjetivo.
				2	6	7	Extensión de agua.
					4	1	Nota.
						5	Cifra romana.

M. MARZAL

Soluciones á lo insertado en el núm. 707

CHARADA.—Manolita.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS.—I, Leónidas.—II, Punta en blanco.

ROMPE-CABEZAS.—El buey suelto bien se lame.

AÑO XV BARCELONA 16 DE JUNIO DE 1904 NÚM. 708

CHARLA



LLEGÓ el mes de Junio, ó sea el de prueba para los estudiantes.

Los desaplicados y aficionados al billar no tienen un momento tranquilo. En casa de doña Sinforosa, una patrona barata, se cuece todas las noches una gran cacerola de café para despabilar á seis chicos que no han pasado la vista por los libros durante el curso, y ahora quieren matar al sastre en un minuto.

Esto es completamente inútil.

El estudiante forastero ya no está para nada. Piensa continuamente en su pueblo, en su novia que le espera, y lo que no haya hecho antes ya no puede hacerlo.

Hay joven que, si tuviera que facturar las calabazas, no tendría bastante dinero para el viaje, por mucho que le mandara su padre; y una vez en el pueblo, allí son los disgustos gordos.

Tan gordos como las calabazas.

El estudiante reprobado llega á su casa, por lo regular, con la mayor frescura.

—¿Y bien?—le pregunta su padre; después de los abrazos de ordenanza.

—Y mal,—contesta el chico con pasmosa tranquilidad.

—¡Cómo mal!—sigue el autor de sus días.

—Pues, sencillamente, porque he tenido un disgusto con el profesor.

—¿Con el profesor?

—Lo que usted oye.

—¿Pero cómo ha sido eso, criatura?

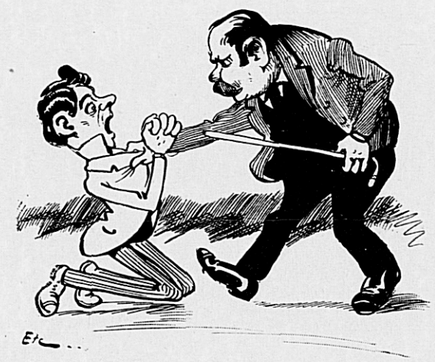
—Pues como son todos los disgustos. El profesor, que usted no puede figurarse lo tío que es, me tomó tirria...

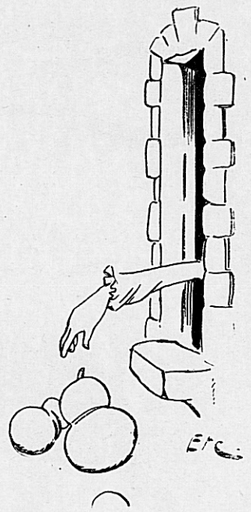
—¡Tirria!...

—Ojeriza, que es lo mismo.

—¿A ti? ¿por qué?

—Por nada, porque un día le dí una explicación tan acabada, que el hombre notó que sabía más que él.





—¿Tú?

—Yo, sí, señor, yo.

—¿Y qué explicación fué esa?

—Fué una especie de discurso sobre el origen de las guerras púnicas.

—¿Y tú sabes bien el origen?

—No, señor; pero hablé por los codos, hasta que el profesor tuvo que tirarme la campanilla para hacerme callar.

—¿Y qué dijiste?

—Pues algo así por el estilo de esto: Las guerras siempre han sido guerras y si á esto se añade lo de púnicas, ¡ah, señores!, entonces vienen á ser las guerras mucho más *punibles*...

—Pero, ¿qué diablos dices?—interrumpe el padre.

—Eso mismo dijo el profesor; pero yo seguí impertérrito: Las guerras y la sangre que se vierte ahoga á los pueblos en un mar rojo; sí, señor, rojo de vergüenza; y como la vergüenza es mucho más antigua que las guerras púnicas, de aquí que aquellos valientes soldados murieran como chinches antiguos bajo un torreón que se desplomaba ó barridos con la metralla de cien cañones... sí, ya sé que cuando los púnicos, aun no había cañonazos, pero eso será cuestión de otro discurso al tratar de la edad moderna, donde por impunidad, seguían las guerras púnicas, siendo tan punibles como en la época de Mari-Castañas, ó sea en la edad celtaria. Esto dije. Y desde entonces, como usted me ha enseñado á ser pundonoroso, no volví más por la clase.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—La verdad, papá.

—¿De modo, que no te has examinado?

—Me he examinado.

—¡Hombre, eso es bueno!

—No, señor, malo; porque el profesor me ha dado calabazas.

—¡Pues por ahí debieras haber empezado!—gritó el padre con furia.



Y, cogiendo una estaca, la emprende á palos con el fresco, propinándole una tanda mayúscula. Y no acaba aquí la cosa, porque la noticia cunde inmediatamente por el pueblo, llegando á oídos de la novia del mal estudiante.

Esta, que le espera hecho un doctor, para casarse en seguida, porque le corre prisa, se tira de los cabellos; y cuando el mocito se para debajo de su balcón ansiando ver á la que ha de ser su mujer, ésta, asomando su crispada mano, le deja caer una lluvia de calabazas que anonadan al estudiante.

¡Oh, mes de Junio! ¡Oh, mes de angustias y grandes cosechas de cucurbitáceas! Compadécete de los pobres chicos que se han distraído durante el curso, y recomiéndalos á los profesores.

Vamos, ya verán que me tomo interés por ellos, siquiera sea porque en mis tiempos también hacía lo mismo.

JOAQUÍN ARQUES



Después de la siesta



Primero leen al poeta
que es de flores coronado,

y las bellas no se cansan
de leerlo y de admirarlo;

La fatalidad

Parece mentira, Laura, que á tu edad permanezcas soltera todavía.

—¿Y qué quieres, Emilia? No está la suerte para quien la busca.

—Mira como yo tomé á empeño casarme y lo conseguí. Créeme que todo consiste en tener un poco de habilidad.

—No te lo niego; sin duda yo carezco de ella y por eso no doy en el *quid*.

—Eres hermosa, joven, bien educada; tu posición no es despreciable ni mucho menos: ¿por qué no cambias el rumbo de tus aspiraciones y agencias un marido que te iguale, por lo menos, en condiciones? No creo que fuera difícil encontrarlo.

—¿Quieres que diga la verdad? El matrimonio me asusta.

—¡Tontería! Esa idea tuve yo cuando era muchacha y ahora me siento satisfecha con haber rectificado en absoluto aquella opinión.

—Pero es que tú estabas al casarte en estado muy diferente al mío.

—No te comprendo.

—Tú no habías cometido ningún desliz amoroso antes de conocer al que hoy es tu marido.

—Laura... ¿qué me cuentas?

Emilia no pudo reprimir un movimiento de repugnancia, y reponiéndose inmediatamente de la sorpresa, continuó diciendo:

—Eso es grave, Laura: ¿y cómo caíste en el lazo?

—No puedo explicártelo...

Y al decir eso, Laura hubo de interrumpirse para dar paso á las lágrimas que el dolor, producido por aquel recuerdo, agolpaba á sus ojos. Luego prosiguió en esta forma:

—Oye mi confesión, Emilia; tú eres mi mejor amiga y siempre me has querido con entrañable afecto, al que yo correspondo en igual intensidad. Poco después de marcharte á París con tu familia, conocí á un hombre, cuyo retrato no he de hacer, para abreviar mi tormento, concretándome á decirte que es un real mozo, de cultura nada vulgar, de vasta ilustración, distinguido, elegante y adinerado; supo seducirme con promesas y juramentos que jamás habían halagado mis oídos, enamoréme ciegamente de él, creíle sincero, aseguróme que muy pronto nos casaríamos, quedé huérfana poco después, sola en el mundo y en poder de tutores, no supe valerme, caí en sus brazos y... ¡figúrate cuál sería mi suerte puesta en manos de aquel hombre! Rendíme por esclava de su voluntad, y él, siempre afectuoso, enamorado siempre de mí, con pretextos y razones que no alcanzo, dilata la realización de sus promesas, para un plazo, no muy lejano, según él, pero que á mí me parece ya demasiado remoto.

—¿Y no han sufrido ninguna contrariedad vuestras relaciones en todo este tiempo?

—Ni la más leve; sólo quince días estuvimos sin vernos, porque asuntos de familia le llevaron á París.

—¿Y es hombre formal, digno y caballeroso?

—Te digo que pocos habrá como él.

—Pues no hay más remedio: tienes que pescarle, cuanto antes mejor.

—No sé cómo.

—Oblígale.

—¡Si no puedo! ¡Si no tengo más voluntad que la suya! ¡Si temo contrariarle en lo más mínimo, por si acaso fracasan mis proyectos!...

—En vez de atacarle frente á frente, adopta la táctica del disimulo, halagándole, mostrándote con él hondamente preocupada y dolorida, hazle ver los peligros á que expusiste tu honra por su cariño, suplica un día y otro, llora, emplea, en fin, esos recursos que tan bien manejamos las mujeres cuando llegan ocasiones como esta, y, ó no tiene corazón, ni cariño, ni pizca de vergüenza, ó cae en el garlito y se casa contigo como dos y dos son cuatro. Sigue mi consejo y verás como luego me lo agradeces.

—Descuida; procuraré seguirlo al pie de la letra.

Y Emilia, después de prodigar á Laura frases consoladoras y de insistir en sus advertencias, cuya eficacia no admitía duda para ella, se despidió de su amiga, prometiendo ayudarla en cuanto fuese preciso para cazar el esposo codiciado.

***

Días después, Laura escribió á su consejera en estos términos:

«Querida Emilia: me persigue la fatalidad y será inútil cuanto intente para rehabilitar mi honra.

»Fiel á lo que te prometí, desde nuestra última entrevista he seguido tus consejos al pie de la letra.

»Mis halagos, mis súplicas, mis lágrimas, sólo han servido para descubrirme la inmensidad de mi infortunio, que no puede ser mayor.

»Anoche me dijo Antonio:

»—Creo que no dudarás de mi amor, pues grandes y repetidas pruebas te dí de él; perdona si hasta hoy no he revelado un secreto que desde hace tiempo me abruma. Deberes sociales ineludibles, compromisos que no pueden evitarse, componendas de familia, la desgracia, en fin, que me persigue, condujéronme á París hace ya un año y obligáronme á contraer matrimonio con una parienta en cuarto grado... No pude oir más.

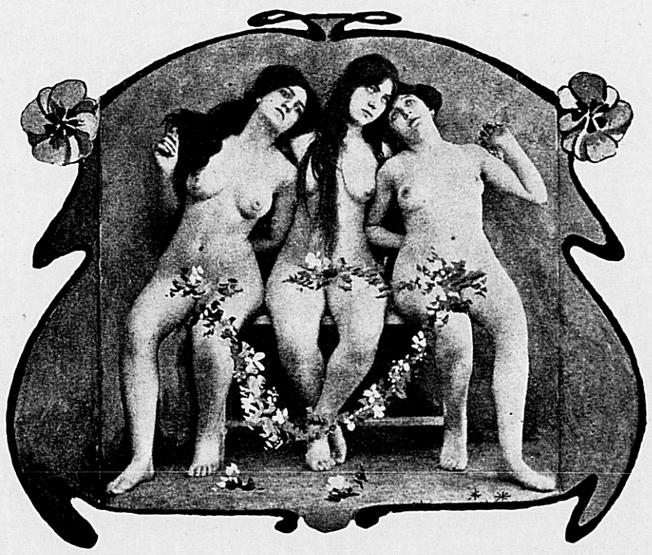
»Excuso decirte, querida Emilia, cuál sería mi sorpresa ante semejante revelación.

»Ni llorar pude: caí desplomada sobre el pavimento, como herida por un rayo.

»Desde entonces estoy enferma.

»Ven á consolarme con tus frases cariñosas, pues tú eres la única persona que con verdad me quiere en este mundo.

»Alivia la desgracia de tu infeliz.—*Laura.*



y cuando ya la lectura
las deja bien satisfechas,

dejan el libro y se cubren
con las flores del poeta.

***

He aquí la contestación de Emilia:

«Amiga Laura: tu si-



Por el mar va perdida
sobre su barca.

¡Ay qué gozo tan grande
si la encontrara!

tuación no puede ser más lamentable y digna de lástima, pero no veo manera de consolar esas aflicciones.

»Después de todo, convengamos en que la culpa fué tuya, por entregarte ciegamente á un hombre, sin reparo de la honestidad: el castigo fué duro, lo reconozco, pero confiesa que lo mereciste por tu ligereza.

»¡Quieres que alivie yo tu desgracia!

»¡Bueno está mi corazón para aliviar de pesadumbre los ajenos!

»Tu carta me ha descifrado un enigma cuya solución me tenía preocupada.

»Mi marido, desde los primeros días de matrimonio, muéstrase tibio conmigo, como si se casara por fuerza...

»Ahora lo comprendo todo y en tu desdicha me corresponde quizás la mayor parte.

»Mi marido es... ¡tu amante!

»¿Cómo quieres que alivie tu desgracia esta infeliz?—*Emilia.*

LUIS FALCATO

(CUADROS VIVOS)

Lucy

I

La llamo Lucy como pudiera llamarla Fanny; pero lo cierto es que tras ese nombre se oculta el verdadero de una hermosa coupletista, que razones fáciles de comprender me obligan á hacerla aparecer con careta igual que las que en lo sucesivo presente á los queridos lectores de La Saeta, en esta nueva sección que queda á cargo de mi humilde pluma. Y basta de digresiones, que abandono para *entrar* en *materia* como diría un cualquiera.

II

La sala estaba rebosante; era noche de beneficio y los continuos admiradores de la hermosa cantante acudieron á ofrecerle sus mayores regalos.

Lucy tiene un público que la aplaude con frenesí siempre que sale á las tablas escénicas y adoradores que fluctúan desde los dieciocho á los sesenta años prendados de su gentileza, subyugados por la gracia picaresca de la coupletista, cuyas formas envidiaría la mismísima Venus, y aquella noche se reunieron todos en el teatro *ligero* para agasajar á su predilecta actriz.

Los estrepitosos aplausos se mezclaban con los *¡olé tu mare! ¡viva la gracia! ¡esa es mi niña!* y otras demostraciones frenéticas muy genuinas en nuestro carácter.

A cada couplé acompañaba un beso que Lucy mandaba á los espectadores con la puntita de los dedos; y el público, jamás satisfecho, volvía á vociferar el consabido *¡que se repita! ¡uno más!* y el entusiasmo aumentaba en viejos y jóvenes...

Por fin bajó el telón.

III

—Pase usted; ya me dejaron sola,—dijo Lucy después de una hora que había terminado la representación.

Entré en el coquetón camerino, todo adornado de rojo vivo; la escultural figura de Lucy resaltaba soberbiamente en aquella pequeña habitación donde había un ambiente seductor; reclinada indolente sobre muelle sofá con una expresión de tristeza que seguramente no pudo expresar cuando más intensa era, parecía una esclava hastiada de las caricias del sultán y obligada forzosamente á recibirlas. Me invitó á tomar asiento y hablamos largo rato.

—¡Ah, sí! ¡ya recuerdo que prometí decirle algo *íntimo*, pero no quisiera que me recordara esa promesa, me aterra verdaderamente contar nada mío! ¡Ni aun quisiera saber qué fué mi ayer!—exclamó la bella.

—Rodeada de flores, regalos, admiradores amantes en gran número que le ofrecen cuanto anhelar pudiera, la felicidad le sonríe; nada más á propósito que decirme algo íntimo para que eso mismo difunda su felicidad por todas partes. Cuando somos dichosos queremos que lo sepa todo el mundo, cuando triunfamos, igual; así es que...

—¡Felicidad! ¡Triunfo! ¡Dicha! Ríase usted de todo eso, amigo mío; no hace el hábito el monje, ni la sonrisa de la coupletista, ni el beso en que parece depositar su corazón, indica un contento verdadero. Las intimidades no se exteriorizan; hay quien cree oro lo que solo es oropel...



La equilibrista

Y el rostro de la hermosísima Lucy adquirió mayor tinte de tristeza al hablar así.

—¿.....?

—¿Causas dice usted? ¡Hay tantas que no pueden decirse porque el corazón desearía romper su cárcel al contarlas y el organismo se despedaza fibra por fibra!... ¡Quién tuviera un hogar y un amor santo que jamás, jamás encontré...!

Al decir esto, en los ojos de la coupletista hubo una lágrima y ya no quise saber más ni prolongar la entrevista. Había leído en el corazón de la mujer...



—¿Y dice usted que aun conserva su voz?
—Sí, señor.
—Y tiene mucha extensión.
—Por ahora; de sol á sol.

III

Y al despedirme de mi interlocutora, tendida ella sobre el sofá, asomada á su rostro la tristeza intensa, me pareció una esclava hastiada de las caricias del sultán y obligada forzosamente á recibirlas...

LEOCADIO MARTIN

Entre todos los seres de la creación el dentista es el más maravilloso, pues come con los dientes de los demás.



Indecisión

Tocar á Gloria



Después del baño

El buenazo de don Simplicio, cura párroco de un pequeño pueblecillo de Castilla la Vieja, era lo que se dice un modelo de virtud.

De austeras y sencillas costumbres, habíase sabido rodear del *aura popularis* y captar las simpatías todas del rebaño místico, ó séase los feligreses del pueblecillo, gente timorata que veían encarnada en la rígida y severa figura de su sacerdote al verdadero representante del Cristo que padeció cruentas torturas para salvar á la Humanidad.

Los habitantes del lugarejo le querían mucho, y si alguno de ellos tenía que confiar algún secreto, era el virtuoso don Simplicio el arca donde depositaba confiadamente todas sus penas, seguros de encontrar en las dulces palabras y sanos consejos del sacerdote un lenitivo para sus desgracias.

Sentado este corto introito para que aprecien mis lectores las dotes que adornaban al sencillo sacerdote, voy á relatar lo más lacónicamente posible la historieta que sirve de epígrafe al artículo. Ganada en buena lid la parroquia del pueblecillo en los primeros años de su sacerdocio, súpose captar don Simplicio entre sus congéneres una envidiable reputación. Aposentóse en la pintoresca iglesia, y dedicado al sagrado ministerio de su cargo, era un verdadero asceta, no murmurándose nunca de él. Le cuidaba una vieja, la cual murió á los pocos años, substituyéndola en el cargo de ama de llaves, una linda muchacha llamada Gloria, sobrina de don Simplicio, la cual, muerta su madre y viéndose sola en el mundo, aceptó regocijada aquel retiro que hermanaba con sus ideas místicas, contrarias á las pompas y vanidades humanas.

La vida de aquellas dos almas benditas se deslizaba monótona y tranquila, y el rumor del mundo llegaba en aquella santa casa como débil eco.

Contentísimo el sacerdote de su sobrina, la exhortaba muy á menudo con sentidas pláticas, y adivinando en su alma una sierva del Señor, una noche después de la frugal cena y mientras estaban de sobremesa, le habló en estos términos:

—Después de maduradas mis palabras, querida sobrina, me atrevo á insinuarte mis propósitos, que no dudo serán de tu agrado.



Con el cántaro, á la fuente
marcha por esos breñales;

si la encuentra algún amigo
ya tiene Elena bastante.

—Puede hablar sin reparo,—contestó la sencilla muchacha.

Don Simplicio, con voz grave y reposada, le dijo:

—Mis afanes son, que viendo tus inclinaciones, he pensado podrías entrar en un convento, y allí, libre de las ruindades del mundo y haciendo ofrenda de tu flor al Todopoderoso, alcanzarías la divina Gloria. ¿Qué contestas?

—Sin rehusar del todo su idea, sólo le pido me deje dos meses para pensarlo mejor, y si entonces mis inclinaciones son favorables, profesaré.

Don Simplicio, contentísimo de la resolución de su sobrina, durmió aquella noche con más tranquilidad y satisfacción que ninguna, pues veía casi realizadas sus ilusiones.

Así las cosas, pasaron dos ó tres semanas sin que nada de notable ocurriera. Gloria continuaba siendo la tímida muchachuela de siempre, temerosa de Dios y su tío.

En calidad de sacristán había en la iglesia un jovenzuelo llamado Ginesillo, listo como una ardilla, y con más intenciones de ser torero y llevar coleta que no dejarse tonsurar.

Ginés se había fijado y mucho en la sobrina del cura, la encontraba muy hermosa y apretada de carnes, y acabó enamorándose como un bobo de ella. Por respeto á don Simplicio reteníase de hablarla y se contentaba con echarle miradas amorosas y exhalar tiernos suspiros. Gloria, novicia en lides amorosas, no comprendía nada, hasta un día en que Ginesillo, que ya le escarabajeaba el corazón las ganas de decirle algo, al ir á cerrar las puertas de la iglesia encontróse con ella cerca de un confesionario y decidido á todo le entabló conversación:

—Reparo, señorita Gloria, que huye usted de mí. ¿Le doy miedo acaso?

—¿Miedo usted? ¡No tal!—repuso turbada.

—Serán sólo aprensiones mías.

—Muy fácil.

—Perdonadme si la interrogo, pero he sabido que don Simplicio piensa hacerla á usted monja. ¿Es cierta la noticia?

—Nada hecho hay en concreto.

—Y yo que me alegro mucho, hermosa Gloria,—exclamó el sacristán.

—¿Qué... qué dice usted?—repuso turbada al fijar sus negros ojos en los del pícaro sacristán que la contemplaba goloso.

—Pues, sencillamente, que amo á usted con toda mi alma y anhelo ser correspondido.

Pálida y temblorosa no contestó é iba á marcharse corriendo si Ginesillo no la hubiese sujetado de un brazo, diciéndole:

—¿No contesta usted nada? Adelánteme siquiera una esperanza...

—Ya hablaremos otro rato, lo pensaré,—balbució Gloria.

El pícaro Ginesillo creyó prudente no insistir, bastante lejos había ido en su primera tentativa.

Aquella noche Gloria no pudo dormir; hubiera querido decirlo todo á su tío, y, sin embargo, no se había atrevido. ¡Cuán dulces no le habían sabido las palabras del audaz sacristán!

Calló en su corazón aquellos amores y correspondió al afortunado galán. Con su buen tío continuó siendo la misma de siempre por no infundir sospechas, y á escondidas, que no eran malos los besos y abrazos que le prodigaba el pilluelo aquel y que á ella sabíanle á miel sobre hojuelas.

⁂

La galana primavera esparcía por la tierra perfumes y aromas. Era el Sábado de Gloria.

El pequeño templo adornado artísticamente ostentaba un derroche de flores tempranas cuyos perfumes embalsamaban el ambiente.

Iba á empezar la misa.

Don Simplicio llamó al sacristán y le dijo:

—Ginés, sube arriba á la torre y cuando yo te avise lanza las campanas al vuelo.

—Está bien,—exclamó éste marchándose.

Con muchas precauciones se avistó con Gloria, y la insinuó que había de subir con él á lo alto de la torre donde podrían charlar un buen rato á solas. La muchacha mostrábase rehacia, pero vencida al fin por las melosas palabras del sacristán se avino y subieron ambos á la torre. Nada corto y perezoso le dió aquel condenado tantos besos y abrazos que enardecido acabó por pedir á la inocente muchacha no sé qué atrevido disparate.

—¡No, eso no!—dijo ella muy encarnada.—Yo he de creer á mi tío.

—¿Qué sabes tú lo que es canela fina, tontuela?

La voz de don Simplicio llamando al sacristán resonó en aquel preciso momento.

Ginesillo se acercó al boquete de la empinada escala y dijo:

—¡Qué manda usted!

—Puedes tocar ya.

—A qué toco...—contestó intencionadamente.

—A Gloria, tontuelo

Ginés tuvo una idea luminosa, y acercándose á la muchacha le dijo, cogiéndola por la cintura:

—¿Has oído lo que ha dicho tu tío?

—¡Sí!—exclamó gozosa.—Y si él lo quiere, por mí...

Vaya si se aprovechó el pilluelo, que don Simplicio, no oyendo el repiqueteo de las campanas



Invitación de verano

Meditación... fresca

le volvió á llamar. La primera vez no obtuvo contestación y á la segunda la voz débil del sacristan le decía:

—¿Llama usted?

—¡Sí, hombre! Por qué no *tocas*, veamos.

El sacristán para salir del paso exclamó con socarrona voz:

—Porque se le ha roto el badajo...

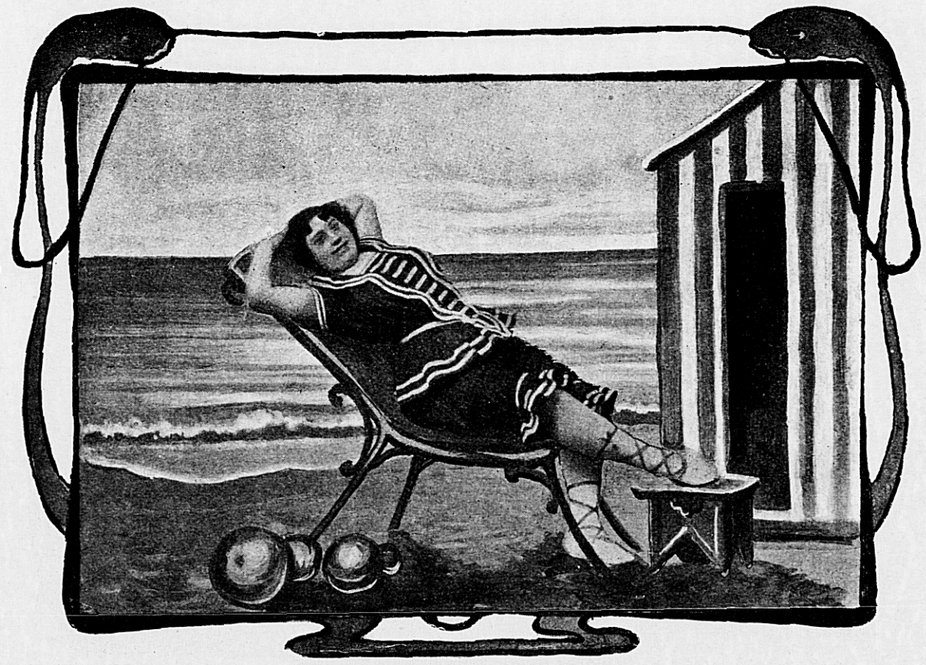
Inútil decir que la muchacha no se hizo monja, y que por una pícara casualidad fué el pobre don Simplicio el iniciador de su sobrina Gloria, hoy *esposa* del sacristán y *madre* de un hermoso niño.

R. HOMEDES MUNDO

A unas aves

Aves inocente,
acudid ligeras,
porque os voy á confiar mis amores
y á contar mis penas.
Sirviendo de fondo
á bellos paisajes,
hallaréis una niña muy linda,
¡lo mismo que un ángel!
mas ¡ay! está triste
y en llanto sumida.
Que me quiere como yo la quiero,
¡pobre virgen mía!
su amor tiene oculto,
y es grande, es inmenso...
pero estamos los dos separados
hace mucho tiempo.
Así, pues, vosotras,
contando mis cuitas,
restaréis angustia á su pecho
y á su alma sencilla.
. . . . . .
Ya habéis escuchado,
volad muy ligeras,
y á mi niña, con cánticos dulces,
contadle mis penas.

ABELARDO DELGADO



También se bañan en San Sebastián las tiples de zarzuela

APUNTES CÓMICOS

por Oliva



Mujeres tenorios y hombres Ineses.



y luego le dice al ama, que los gusanos se lo han llevado arrastrando.

La chica se come el queso,



En la calle

(Para Eustaquio Cabezón)

—Para los pies, Joselito,
y deja la acera franca,
que viene por esta calle
la canelita y la gracia
y el extracto de lo fino,
y lo más bello de España:
la esencia de los claveles
y la Virgen de Triana
en una pieza...
—Oiga, pollo:
¿se le acabó á usted la gracia?
—¿Por qué lo dice, alma mía?
—¿Alma suya? Vaya, vaya,
me alegraré que se alivie
si tiene usted cataratas
en los ojos..
—¿Es de veras?
—¿Que si es de veras, *Macana*?
Pues no, que hablaría en broma,
tratándose de esa alhaja...
—Conque... alhajita, cariño.
—Sí, alhajita, mi alma...
pero tiene mal empeño,
porque se le ve la lata.
—¡La lata! ¡Jesús, qué fina!
Usted será *aristocrata*,
por lo menos.
—Pues, tampoco;
que soy una *fabricanta*
de chalechos...
—No lo dije.
Usted estará emparentada
con Girona y Carlos Cuarto
en una pieza...
—Muy larga
busca usted mi parentela.
—Ya sabe que se rebaja
después algo de lo dicho
y quedamos en paz...
—Magras,
me quedo yo con usted,
siendo dueño de esa cara...
—Princesa, ¿por qué motivo?
—Pues, duque, la cosa es clara.
Porque vale más ir sola
que no mal acompañada,
y exponerse á que se rían
los que contemplen su facha.
—Jesús, con la *bella Nadie*..
¡Ha visto usted qué desgracia!
Yo la creía mi espejo
y resulta que me engaña
mi pensamiento. ¡Mecachis!
¡Si tengo más mala pata!
—Conque, espejito *finolis*.
—Sí, de luna biselada
con relieves en el marco
y á más la vuelta azogada.
—¿Estamos de queda?
—Puede
que lo estemos, si esa dama
me quiere escuchar un poco.
—¿Cómo?
—Doscientas palabras.



—Y, ¿qué haremos cuando apriete más el sol?
—Nos meteremos bajo la verde enramada.
—¿Y una vez allí?
—No te lo digo, por si preferías tomar el sol.

—Demontre, si que lo siento...
No me he traído paraguas.
—¡Olé, por las chalequeras!
¡Cómo derrocha la gracia!
¿Usted no será de aquí?
—No, señor, soy de... Las Pampas.
—Vamos, es usted *pampila*...
Bueno, bueno...
—Vaya, vaya.
—Y, dígame, con franqueza,
para ver las cosas claras:
¿A usted, la *regenta* alguno,
ó vive usted abandonada
á merced de un jornalito
que de seguro no alcanza
á convertirse en billete
de los del Banco de España?
—Me parece la pregunta,
así como... una patada
en el aguijón.
—Se estima.
—Pues, límpiese usted la baba
y cómprese unos quevedos
que *tié* la vista cansada.
—Es natural, Malvarosa.
¿Qué mortal es el que aguanta
que le miren esos ojos
si no se pone unas *gafas*?
Vale usted mucho, mi sangre.
—Que valga tanto, me extraña.
—Si algún día *su papel*
se cotizase en la plaza...
—¿Se puede saber qué haría?
—Para evitarle la *b ja*..
Me lo quedaba enterito.
—¿Sí?
—¡Sí!
—Caramba, caramba,
Pues por ahora, pimpollo,
aun hay quien lo tiene en *alza*,
y eso que corta el cupón
siempre que me da la gana.
—Debe ser un millonario
de Filadelfia ó la Islandia.
—Es...
—Sí, ya, ya, comprendido,
no diga usted la palabra...
Bueno, pues, para que vea
que á mí me sobra la plata,
hago cuantas *emisiones*
se le ocurran á usted, diarias.
—¡Ya será menos!
—¡Tampoco!
Se puede probar...
—Pues, vaya,
lo veremos.
—¡Lo veremos!
—¡Adiós, Rotschild!
—¡Adiós, alma!

J. Enrique Dotres



Galería de bellezas: (19 de la serie)

LA REPÚBLICA

Es un hermoso cromo á doce colores, que mide sesenta por ochenta y dos centímetros, pudiendo presentarse como un elegantísimo cuadro.

PRECIO: Dos pesetas, franco de portes

que pueden remitirse en sellos de correo.

Pueden adquirirlo los suscriptores y lectores de LA SAETA, dirigiéndose á esta administración, calle de Provenza, 266, Barcelona, á nombre de ROMÁN GIL.—Editor.

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y ultramar, un año . . .	17 »
Número corriente 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

DE

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 208

PROVENZA, 266 BARCELONA — ROMÁN GIL-EDITOR — PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil. Blas.*-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.
Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.
El Cuento de María.
Andra os y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado o La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.
Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 íd.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 íd.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 íd.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 íd).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 íd.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.--BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.